



NÚM. 42





Dibujo de GASPARD CAMPS.

Fot. de Manuel Asenjo.

BAÑOS DE MAR

ESTAMOS en plena temporada, en la época de los grandes calores; cuando, por prescripción facultativa los unos, por placer los otros, por rutina los más, corren los bípedos mortales á sumergir el alicaído cuerpo en las movibles inmensidades del líquido elemento.

A estas horas la animación, la vida, se halla reconcentrada en las playas.

España es sin duda el país en que la afición á bañarse en agua salada cuenta mayor número de prosélitos; el bello sexo en particular, siente la necesidad de poner en remojo su manojito de nervios, para templarlos convenientemente, y de combatir la anemia que ha llegado á enseñorearse de él, hasta un extremo desconsolador.

Las familias de alto copete, las que pueden tirar impunemente algunas miles de pesetas, se dan el gustazo de refrescar sus carnes en el extranjero, á lo aristócrata, y su ejemplo siguen, sin poder, no pocas, á las que cada baño cuesta un mes de empeño. Pero la moda manda; y hay que seguirla, aun á trueque de hacer pagar al invierno las satisfacciones del verano.

Los baños de mar constituyen un colmo de felicidad para la juventud. ¡Se prestan á tantas expansiones; traen tanta cola! Yo juzgo por mí, que dos meses antes de San Juan, andaba ya loco de contento pensando en el día dichoso de ceñirme las calabazas é inaugurar los chapuzones.

En cambio, para los viejos constituyen un recuerdo triste; como el de todo aquello que ha pasado y no ha de volver. Porque el refrán lo canta claro: de cuarenta para arriba no te mojes la barriga. Y aunque algunos, despreciando tan sabio consejo, se permiten prorrogar esta fecha, ello es que á medida que el cuerpo se enfría va decayendo el entusiasmo, y ya no apetece otro baño que el de agua caliente y en pila.



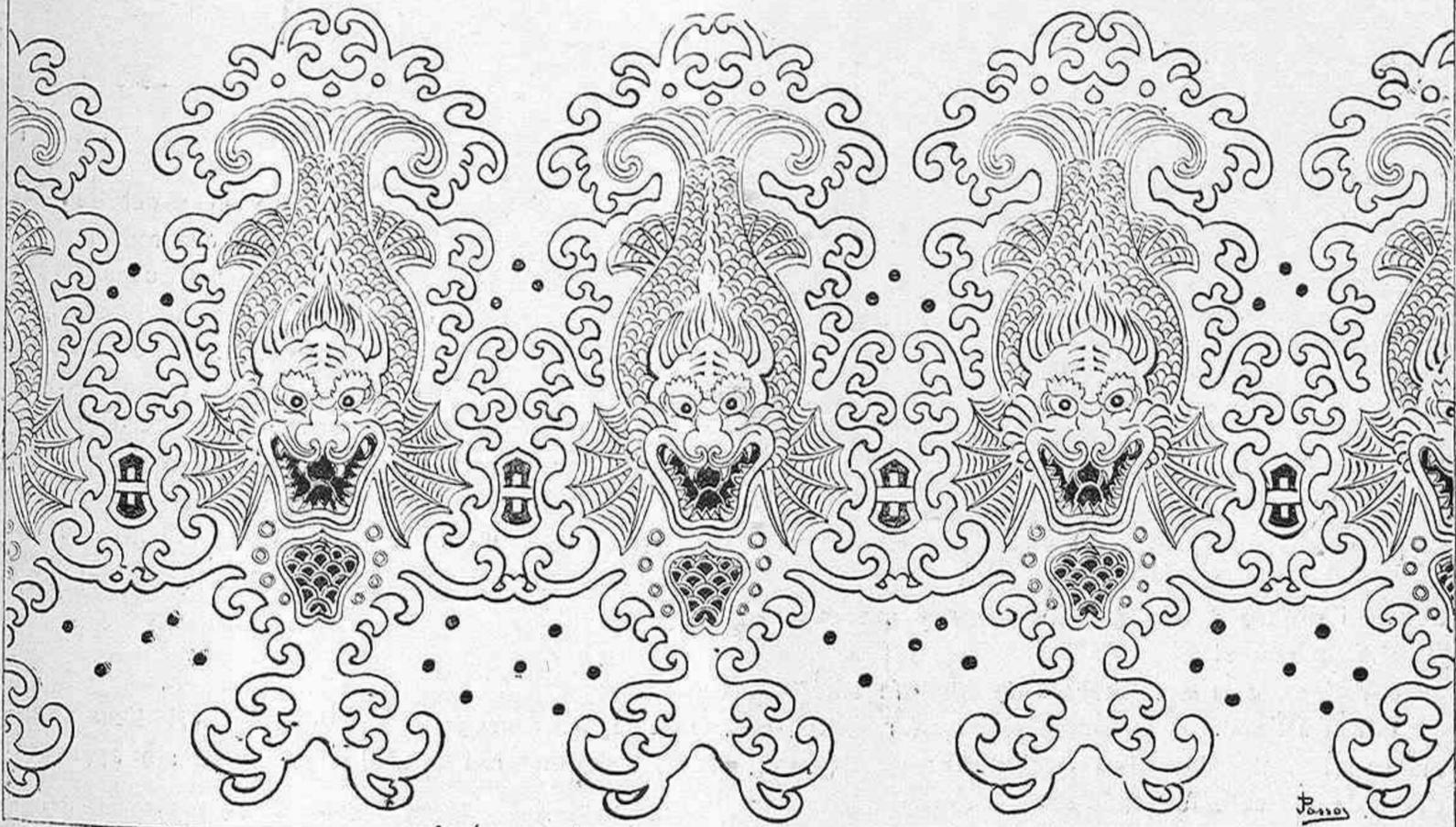
LA SEMILLA

Al verse más tronado que arpa vieja
y habiendo ya perdido la esperanza
de que al fin la fortuna caprichosa
sus preciados favores le otorgara,
huyó el pobre Juan Lanas de la Corte,
cansado de luchar con la desgracia.
Harto de andar sin derrotero fijo,
se detuvo en un pueblo de la Alcarria,
y con el fin de entretener sus ocios
en la plaza del pueblo puso cátedra,
y subido en un carro que allí había
ante una muchedumbre abigarrada,
comenzó á predicar el socialismo
tal y como lo entiende la morralla.
—Compañeros,—decía;—es necesario,
que acabe de una vez vuestra ignorancia,
porque habéis de saber que el mundo es nuestro,
que podemos hacer cuanto nos plazca,
que somos un poder indestructible,
que todo á nuestro empuje cede ó salta,
que si un día queremos, ¡ese día
todo en el mundo á nuestro antojo cambia!
¡Ha llegado el momento! Es necesario
que dejemos de ser bestias de carga;
que se acaben los ricos para siempre,
que el que tenga dinero, lo reparta,
que no es justo que existan muchos pillos
que tengan buena mesa y buena cama,
en tanto que nosotros nos pasamos
la existencia trabaja que trabaja
para dar el sudor de nuestra frente
al burgués holgazán y sin entrañas.
¡Es necesario que nos den lo nuestro!

¿Que no quieren á buenas? ¡Pues á malas!
¿Que hay que quemar? ¡Pues á quemarlo todo;
á ver si así nuestro furor se sacia!
¡Guerra, pues, á la infame burguesía
y á luchar con valor por nuestra causa!
Terminado el discurso, que he copiado
sin quitar ni poner una palabra,
descendió el orador de su tribuna,
rugió la muchedumbre entusiasmada
y se fué dispersando lentamente
tegiendo planes y soñando audacias.

Juan, que era un vividor de los mayores,
á poco se casó con la muchacha
más linda del lugar y, además de esto,
la más rica de toda la comarca:
y olvidando tal vez las teorías
que en tiempos no lejanos sustentara,
trocóse en un burgués, como hay algunos,
holgazán, sin conciencia y sin entrañas;
olvidó sus antiguos ideales
y despreció la clase proletaria.
Pero como es un hecho demostrado
que la mala semilla siempre arraiga,
aquellos infelices que aplaudieron
su famoso discurso de la plaza,
recordando sin duda las ideas
que en él expuso Juan, y sus palabras,
—¡es preciso quemar! — gritaron todos
en los momentos de suprema rabia...
y la primera casa que quemaron
¿queréis saber cual fué? ¡La de Juan Lanas!

MANUEL SORIANO



Dibujo de J. PASSOS.

CHATEAU-LAFFITTE

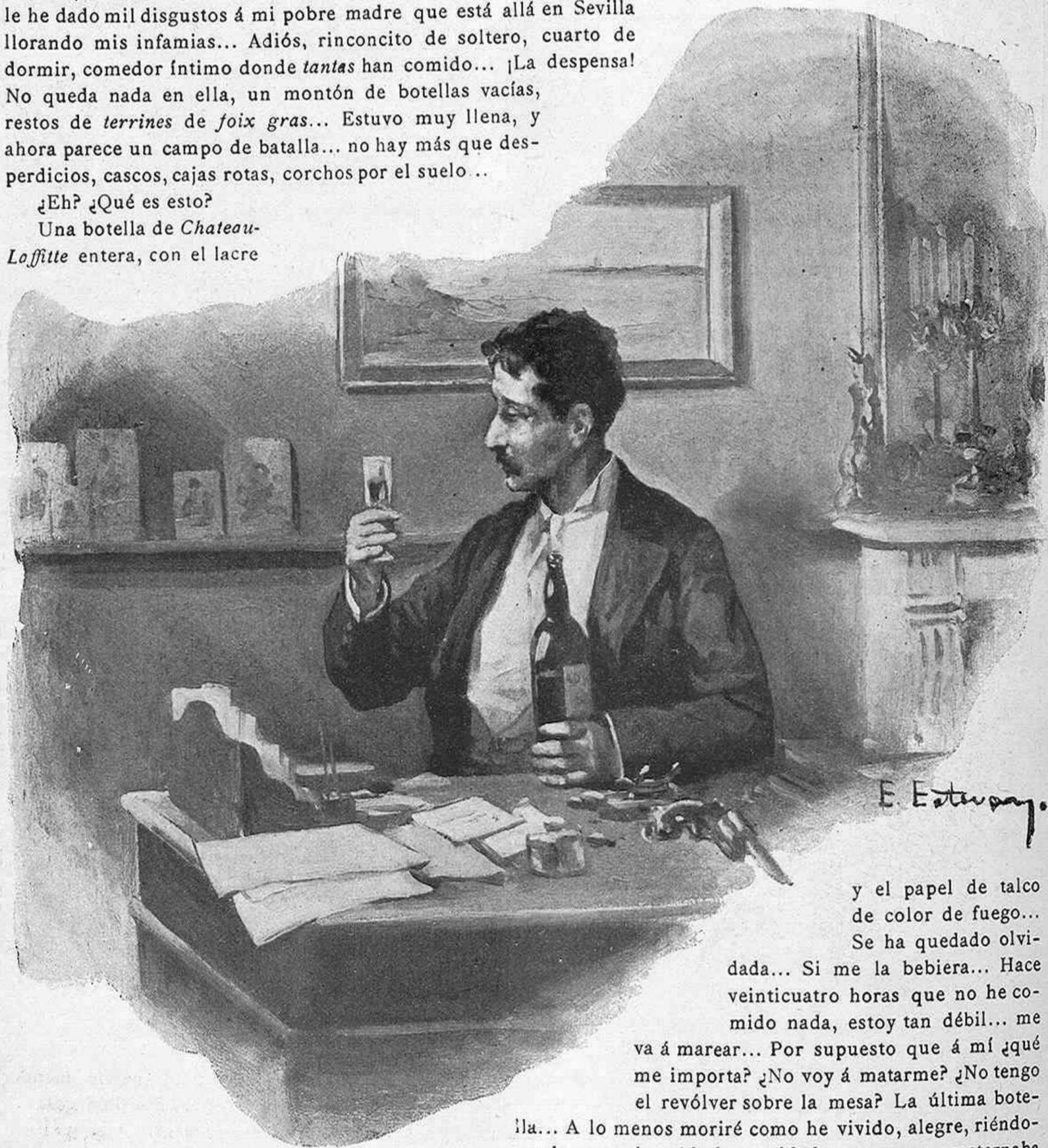
MONÓLOGO DEL DESESPERADO

YA están. Una despidiéndome de mi madre... otra avisando al juez que no se culpe á nadie de mi muerte...
(Cerrando las cartas). Y ahora... ¡á morir!

Pero antes, daré la última vuelta á mi casa... Estoy solo, he despedido á los criados, no me queda ni un céntimo, todos estos muebles tan bonitos se los llevará la portera, el juez, ¡el demonio...! Morir á los veintiocho años... ¡Justo castigo á mi perversidad! Me he jugado una fortuna, le he dado mil disgustos á mi pobre madre que está allá en Sevilla llorando mis infamias... Adiós, rincón de soltero, cuarto de dormir, comedor íntimo donde tantas han comido... ¡La despensa! No queda nada en ella, un montón de botellas vacías, restos de terrines de foix gras... Estuvo muy llena, y ahora parece un campo de batalla... no hay más que desperdicios, cascotes, cajas rotas, corchos por el suelo...

¿Eh? ¿Qué es esto?

Una botella de *Chateau-Laffitte* entera, con el lacre



y el papel de talco de color de fuego... Se ha quedado olvidada... Si me la bebiera... Hace veinticuatro horas que no he comido nada, estoy tan débil... me va á marear... Por supuesto que á mí ¿qué me importa? ¿No voy á matarme? ¿No tengo el revólver sobre la mesa? La última botella... A lo menos moriré como he vivido, alegre, riéndome de esta miserable humanidad que ayer se prosternaba

ante mi dinero y hoy me abandona y me deja morir solo...

¡Ea, bebamos!

(Se sienta á la mesa después de abrir la botella, y bebe).

Por la última vez, bebamos. Mañana no existirá. ¿Quién se acordará de mí? ¡Bah! Los periódicos anunciarán mi trágico fin, mis amigos dirán:—¡Pobre muchacho! Me enterrarán de cualquier modo, sin aparato ni coche de seis caballos, todo eso me es igual, yo no he de verlo.

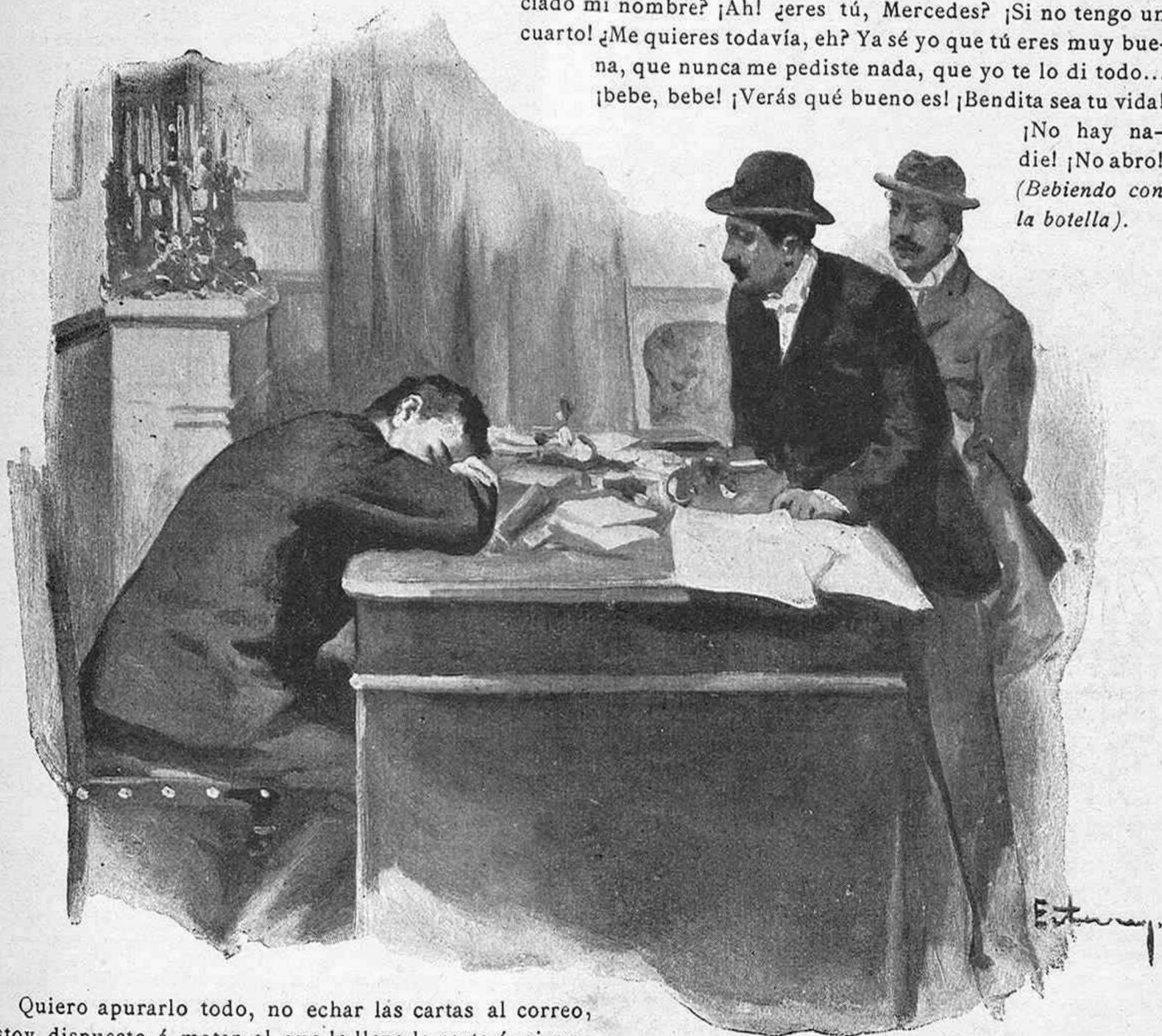
¡Es singular! ¡He bebido durante quince años este vino á pasto sin encontrarle nada de particular, y ahora precisamente que lo bebo por la última vez, me parece extraordinariamente bueno! Vamos con otra copa.
(Bebe).

Da un calor muy agradable. ¡Ya lo creo! Es vino de ocho pesetas botella puesto en casa. Y luego, cómo estaba en ayunas desde ayer... ¡Buen vino! Si hubiera aquí á mi lado una de *aquellas* que venían antes á beberlo... Antonia, Mercedes, la Vaselini, la *Medios-Pelos*, la Marquesita del Gallo... ¡Qué bonitas son! y cómo me querían... ¿Dónde estará ahora la Antoñita? Estará riéndose de mí, como yo me río de ella y de la humanidad entera... ¡Qué buen vino! (*Bebe*).

Sí, señor; cuando un hombre no tiene ni dinero, ni vergüenza, ni medios de pagar lo que debe, ni valor de afrontar los peligros... ¿Quién llama? ¡Ah! Creí que habían llamado. ¿Quién había de llamar aquí? Estoy solo, enteramente solo en el mundo... ¡Es decir, solo no! Está mi botellita que me da un calor vital increíble, que me está recordando, ó haciéndome recordar cosas muy agradables... El buen vino es cosa estupenda. Le vuelve á uno loco... No hace falta comer cuando se bebe bien, ¿verdad? ¿Eh? ¿Quién dice que no? ¡Vamos con otra! (*Bebe*).

Ya, ya te veo, usurero infame, que estás esperando que me muera para llevarte lo poco que me queda... Entra, entra, no tengas miedo, que te voy á hacer pedazos con el casco de esta botella... ¿Quién ha pronunciado mi nombre? ¡Ah! ¿eres tú, Mercedes? ¡Si no tengo un cuarto! ¿Me quieres todavía, eh? Ya sé yo que tú eres muy buena, que nunca me pediste nada, que yo te lo di todo... ¡bebe, bebe! ¡Verás qué bueno es! ¡Bendita sea tu vida!

¡No hay nadie! ¡No abro!
(*Bebiendo con la botella*).



Quiero apurarlo todo, no echar las cartas al correo, estoy dispuesto á matar al que le lleve la carta á mi madre... ¡Viva la libertad! ¡Viva el buen vino! ¡Vamos con lo que queda! ¡Qué calor! ¿Y á mí qué me cuenta usted? Esta mujer... es mía. ¡Tengo sueño! ¡Dejadme, dejadme vivir! No, no, no quiero... La última gota... ¡Uf! ¡Qué calor! ¡Me ahogo...! ¡Me muero! ¡No, no me muero... no! (*Cae de bruces sobre la mesa*).

Voz en la escalera: — ¡Manuel! ¡Manuel! *Otra voz:* — ¡Rompe la cerradura, ha debido matarse!

(*Entran dos amigos después de hacer saltar la cerradura*).

— ¡Está muerto!

— ¡No! Está dormido... déjale dormir... Ponle sobre la mesa la carta de su madre y el *chèque* para el Banco, está salvado, está todo pagado...

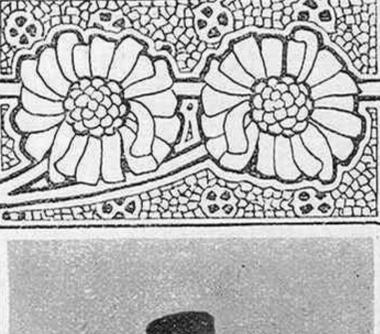
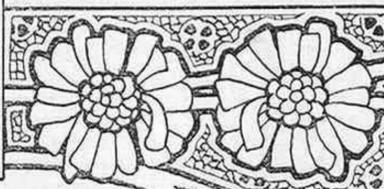
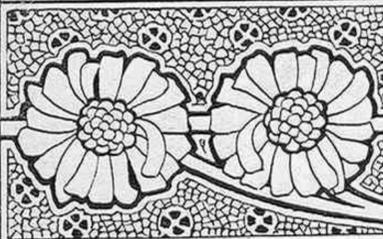
— Y él, está borracho.

— ¡Y el revólver aquí!

— Una botella de *Chateau-Laffitte*... ¡Salvado! ¡salvado!

Ilustraciones de E. ESTEVAN.

EUSEBIO BLASCO



GRATAMENTE impresionados por el desempeño, en extremo satisfactorio, que ha cabido a *La Boheme* en el escenario del Nuevo Retiro, hemos creído justo consagrar esta doble página a los estudiosos artistas encargados de su ejecución y al maestro que con tanto acierto la ha dirigido y concertado, y á quien corresponde, en conciencia, la parte principal del éxito obtenido. No es la primera vez que en esta ciudad los amantes de la música han oído cantar, á precios sumamente módicos, comparándolos con los que rigen en el Gran Teatro del Liceo, las hermosas partituras de los grandes maestros, de un modo, sino perfecto, digno de aquel suntuoso ccjiseo.

Hace ya años que en el «Retiro viejo», situado en los terrenos que en la Plaza de Cataluña ocu-

pa hoy la casa Estruch, una empresa inteligente y práctica inició los espectáculos de *ópera barata*; que produjeron extraordinario entusiasmo entre las familias cuya posición no les permitía satisfacer sus *caras* aficiones filarmónicas, y que desde entonces acá se ha venido dando en casi todas las temporadas de primavera ó verano.

Debemos confesar en honor de la verdad, que en pocas ocasiones se habrá visto un cuadro tan homogéneo, ajustado y merecedor de aplauso como en la presente.

Por el éxito lisongero de *La Boheme*, felicitamos cordialmente al maestro y artistas, lamentando que por causas para nosotros desconocidas, se haya desprendido la Empresa de una compañía que con tan felices auspicios había debutado. ***

Fotografías de Napoleón.



ABULKER LEONI

ARTURO BARATTA (Fot. de Esplugas).

Orlado por GASPAR CAMPS.

QUIEN BIEN TE QUIERA TE HARÁ LLORAR

No había un sér más desgraciado en el mundo que mi amigo don Cenón Canetilla. Y no sólo lo era, por serlo en realidad, sino porque todos sus amigos y conocidos le consideraban como el hombre más feliz del universo.

Tenía catorce mil reales en las oficinas de un grande de España y dos regalitos de cincuenta duros por San Juan y por Navidad, tres hijos y una esposa que valía todo el oro que pesaba; y mi señora doña Eutiquiana Cebollín, que así se llamaba, arrojaba un peso bruto de siete arrobas.

¡Pero qué hacendosa, qué cariñosa y qué ahorrativa era la esposa de Canetilla!

Todos los maridos que conocían al matrimonio feliz, como llamaban al de mi amigo y su cara mitad, ponían á ésta como un modelo que debían imitar sus respectivas medias naranjas.

Y cuando le veían en la oficina ó en el paseo, siempre le saludaban diciéndole: —Adiós, Canetilla feliz. Para usted es el mundo.

Y el pobre hombre se sonreía para afuera, murmurando para adentro:

—Para mí será el mundo, pero no la carne.

Y era la verdad. Porque Cenón estaba en lo firme, es decir, en los huesos. Visto de frente, Canetilla tenía el ancho de la seda, que es la tela más estrecha, y de perfil, ¡oh! de perfil era la hoja de un cuchillo.

—Y no será porque yo no le cuido y procuro que coma bien y manjares substanciosos,—decía Eutiquiana cuando aludían á la delgadez de su consorte.— Pero ¡cá! Eso ya es de familia. Su padre era lo mismo y su mamá una caña de pescar. Así pescó á su marido. Pero, sin embargo, mi Cenón podrá estar delgado, pero es fuerte y está bien sano, gracias á Dios. ¡Ya que yo estuviera como él! Pero yo, agua que beba, se me convierte en carne. Y no crean ustedes, apenas como; ¿no es verdad, Cenoncito?

Mi amigo miraba á su mujer con expresión indefinible y con una sonrisa equívoca asentía á lo que aquélla afirmaba.

—Yo, todo, todo lo hago para él,—proseguía Eutiquiana.—Para él y para mis hijos, todo. De mí, maldito lo que me ocupo.

—¡Qué pocas mujeres hay como la tuya, Cenón,—le decían sus amigos.— Bien puedes decir que estaba de nón en el mundo.

—Pues maldita sea mi suerte por haber encontrado ese nón,—decía Canetilla en su interior; mas como era preciso decir algo al exterior, añadía:

—¡Oh! sí, sí. Mi Eutiquiana es un nón que conmigo ha formado el par, y se ha redondeado.

—Eso es lo que siento, estar tan gruesa, porque todos creerán que yo me doy muy buena vida.

—Y no creerán más que la verdad,—estaba á punto de confirmar Canetilla.

Pero se tragaba aquellas palabras, como se tragaba otras muchas, sin duda para llenar el estómago que, á pesar de lo que decía su cónyuge, estaba tan vacío.

El último día de mes, era esperado por

mi amigo con verdadera fruición.

—Lo que es mañana, en cuanto tome la paga,—decía Cenón, en su interior, por supuesto,—me voy á Fornos y hago que me sirvan un cubierto de veinte pesetas. Me tomo mi buena taza de café, me fumo una breva y me pongo al pelo. Después me compro camisas, calzoncillos, calcetines, me repongo un poco de todo, y cuando llegue á mi casa... pues se me cae la casa encima ó sea mi mujer y me aplasta. Mejor, con eso acabaré de una vez.

Pero no pasaba nada de esto.

Al siguiente día, á la hora en que Cenón salía de la oficina, aparecía, casualmente, en la puerta, mi señora doña Eutiquiana diciendo:

—¡Jesús! ¡Cenón! ¡Qué feliz casualidad! ¡Mira, hijo, ya habrás cobrado! ¿eh? Pues vamos á comprar aquel vestido que te dije, para hacer rabiar á las de Pérez, que parece que no hay nadie más que ellas en el mundo.

—Pero mujer, si no podemos...

—Ya verás, con un poquito de economía iremos cubriendo este pequeño gasto extraordinario. He observado que la leche que tomas para desayunarte y la manteca que te pones en el pan no te sientan bien.

—No lo creas,—contestaba Cenón con acento de protesta.

—¡Oh! Sí, sí, hijo mío; me lo ha dicho el médico, y yo te quiero demasiado para que consienta que te suicides lentamente.

—¿Pues qué me vas á dar entonces?—preguntaba Cenón asustado.

—Un platito de sopas. Eso es verdaderamente sano y económico. Se guarda una taza de caldo del día anterior y se escalda una sopa.

—¿Y con eso he de pasar hasta la hora de salir de la oficina?

—Ya lo creo. Así estarás más ligero. Yo también pasaré como tú. Eso representa un ahorro de un real diario.

—Pero si el vestido cuesta diez duros.

—Calla, tontín, que ya verás como tu mujercita lo sabe arreglar. Gastas en el café todas las noches dos reales, pues tomas el café en casa y ahorramos así sobre unos cuarenta céntimos más.

—Y entonces en el café con los amigos ¿qué he de tomar?

—El calor ó el frío, según el tiempo, que no cuesta dinero. Además,



ahora gastas diariamente una cajetilla de cuarenta y cinco para fumar; pues compras una de treinta y te la fumas en dos días.

—Y me enveneno al primero, ó reviento como mi apellido.

—No digas eso, hombre. ¿Iría yo á proponerte algo que te perjudicara, queriéndote tanto?... Ea, déjame que siga la enumeración de las economías que pienso introducir en casa para que no te sea oneroso el gasto que vamos á hacer.

—¿Aún más?—preguntó Cenón á quien no le llegaba la camisa al cuerpo.

—Como que es lo principal. Figúrate que he suprimido desde hoy la patita de gallina que comías en el puchero y el bifeck que tomabas por la noche.

—Entonces ¿qué comeré? ¿Te has propuesto que yo me sostenga del aire?

—¿Qué cosas tienes, hijo! Si todo esto es por tu bien; para que no tengas que preocuparte por los gastos extraordinarios. Además, según el médico, el exceso de carne que comes te perjudica.

—Yo creo por el contrario, que lo que me perjudica es no comerla. De fijo que tú no habrás suprimido nada ni del trozo de pechuga que te comes asado, ni de las chuletas de la noche, ni del vaso de leche que...

—Calla, tontín. ¡Cómo he de suprimirlo si estoy criando, y así te ahorro lo que habías de dar á una nodriza! Todo, todo lo que hago es por tu bien.

Mi amigo callaba, porque no le quedaba otro recurso; su mujer seguía comprándose galas y los amigos de Cenón tributándole elogios por la suerte que había tenido con aquella compañera.

Un día el pobre Cenón se vió obligado á guardar cama. Su mujer le puso á dieta rigurosa. Dos días después, el pobre hombre estaba completamente desfallecido. Eutiquiana se vió obligada á llamar al médico.

—Este caballero,—dijo el galeno,—se muere de inanición.

—¿De qué?—preguntó Eutiquiana sorprendida.

—De hambre, señora, de hambre. Tiene perdido el estómago.

—Pero si Cenón comía como un heliogábalo, doctor.

Al oír estas palabras, el mísero enfermo encontró un resto de energía para exclamar: —No la crea usted, doctor. Hace mucho, pero mucho tiempo que para sus galas y mantener unas apariencias que superan á nuestros medios de fortuna, ha ido reduciendo mis alimentos á la más mínima expresión. Esto, esto es lo que yo tengo; que no tengo nada en mi estómago.

—¿Qué injusto eres, Cenón!—repuso Eutiquiana llorando amargamente,—cuando yo lo hacía todo por tu bien...

—¡Reniego de tanto cariño!—murmuró el pobre hombre.

—Señora,—dijo el doctor,—todas las cosas llevadas al extremo son perjudiciales y el exceso de cariño, como usted le siente, no es otra cosa que un egoísmo disfrazado. Dice que le quiere y le ha hecho sufrir.

—¿Pero doctor, no dice el refrán que quien bien te quiera te hará llorar?

—¡Ah! grandísima arrastrada,—exclamó Canetilla en el paroxismo de su desesperación,—y tú me hacías llorar sin duda para que me bebiera las lágrimas ya que no me dabas vino para beber.

—Usted, señora, ha querido hacer experiencias económicas *in anima vili* de su esposo y...

—Y á poco me deja *in anima morta*, doctor.

Eutiquiana no tuvo más remedio que querer algo menos á su marido y darle más de comer, murmurando á cada paso:

—Cualquier día voy yo á creer en los refranes. De hoy más diré: quien bien te quiera, te dará una gallina en vez de un pollo.

R. DEL CASTILLO



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.



PLUMA Y LÁPIZ ha perdido otro colaborador valioso en la persona del distinguido escritor

† FLORENTINO LLORENTE (FLORETE)

quien víctima de dolorosa y cruel enfermedad, contra la cual fueron inútiles todos los auxilios de la ciencia, falleció en una casa de Salud de Bermeo (Bilbao), el día 9 del mes actual.

Esta Redacción que profesaba al finado la distinción y afecto á que le hacían acreedor sus méritos, se asocia al intenso dolor de la familia, y le envía el más sentido pésame, lo propio que á la Redacción de *Nuevo Mundo* que le quería con fraternal cariño y en el seno de la cual llegó á popularizar su pseudónimo.

Descanse en paz el malogrado escritor y poeta cuyos trabajos han dado valor, en estos últimos años, las páginas de los semanarios é ilustraciones de mayor crédito y circulación.



CAMPIÑA ROMANA. — Cuadro de R. TUSQUETS.

Fot. de J. Laurent y C.^a

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

NOTA RA NEGRO

LOS PASIVOS R. Y E.

COMBINACIÓN HIDROGRÁFICA

o	o	o	X	o	o	o
			X	o	o	o
o	o	o	X	o		
		o	X	o	o	o
			X	o		
o	o	o	X			

Substituir ceros y equis por letras, de modo que en la línea vertical de equis se lea el nombre de una parte del mundo y en las horizontales ríos de la misma.

ANGEL LUIS Y SIETEIGLESIAS.

CHARADA

El capitán Malaver
se *prima dos* con *tercera*
en un *todo* que va á haber.
No *cuatro cinco*; Dios quiera
que no lo llegara á hacer.

JUAN J. GUTIÉRREZ RAMOS.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

Dedicado á MINGUELLA; por VARAS.

1	2	3	4	5	6	7	8	9	o	—	Planta.
	1	4	3	4	6	o	7	4	o	—	Pueblo.
		1	4	3	1	2	3	4	7	—	Verbo.
			7	o	6	2	3	4	7	—	Íd.
				6	7	8	9	4	7	—	Íd.
					5	8	6	7	o	—	Mineral.
						3	o	5	4	—	Tela.
							4	7	o	—	Juguete.

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Jeroglífico comprimido. — Osa menor y Osa mayor.



1.—Sólo á tú te se ocurre trainos á comer á tu casa del monte, pa quedanos sin vino á mitá de comida.
—Y quién había de pensar que tenáis tan güen gaznate, porque..., vamos, dos cántaros pa cuatro, me paice que... pero en fin, eso pronto se arregla.



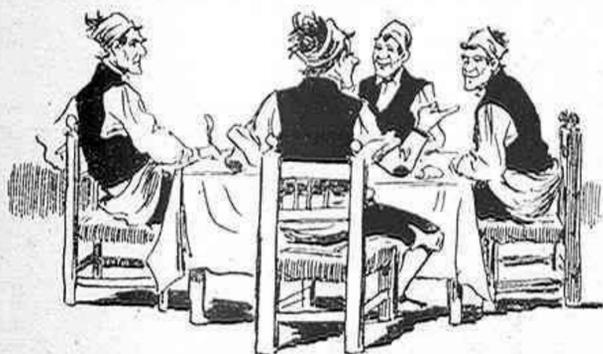
2.—¡Chiquio! ¡Nicomedes!... entra volando, que te voy á inviar á un recau. ¡Anda, hombre, deja eso! Agora verán estos lo que anda mi burro, y lo listo que es mi Nicomedes.



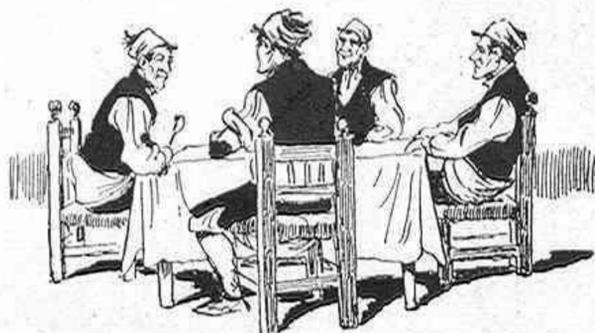
3.—Ponle la albarda al burro, vete á casa y traite una carga é vino, y ya estás aquí. A ver cómo te portas.
—Chiquio: ¿y nos piensas tener sin beber hasta que güelva el zagal?



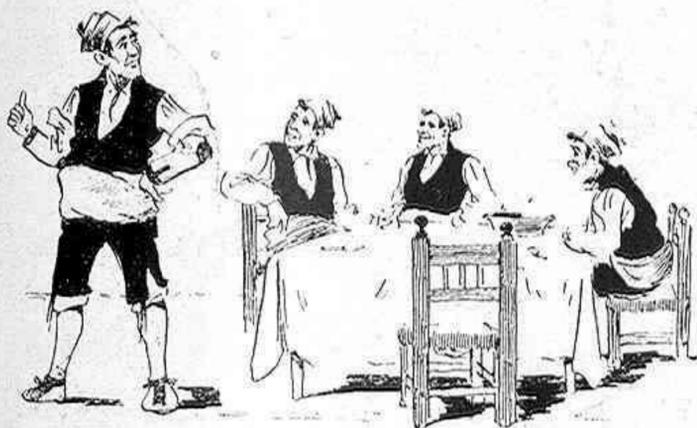
4.—¿Pensáis que es cosa de mucho rato? ¡quí! ya está el chico por la cerrada del chato; antes de quince minutos ya está aquí el vino. Agora veris si mi burrico vale ú no vale las tres onzas. Ala; á comer.



5.—¿Y quién come sin vino? ¡no nos has embromau mal!
—Rediez, come y calla, que el chico á estas horas ya está de güelta, cuestión de cinco minutos.



6.—¿Cinco minutos, eh? Pues ni que fua un pájaro.
—Si es pájaro, ú no es pájaro, pronto lo veris. Ya me paice que siento al chico por ahí fuera; voy á ver.



7.—¿No us lo decía yo? Ya está aquí mi Nicomedes. Ya sabía yo que doblaría el camino.



8.—¡Rediez! ¡Padre! ¿Ande ha metido usted la albarda, que no la encuentro?
—¡A nosotros sí que nos ha doblau!

The Idler



W·R·RUSSELL & Co: London:

J.S.VIRTUE & CO LITHO

Cartel anunciador de «El holgazán»; publicado por la Casa W. R. Russell y C.^a, de Londres.

SERIE I.^a

Núm. 42